

lo enterraron. Mas habiendo sabido los mandarines que tanto de dia como de noche estaba custodiado por unas cuantas personas piadosas, mandaron derribar una cruz de piedra que habian puesto sobre su tumba, y dieron órden de que se trasladase el féretro al sitio en que se acostumbraba depositar los cadáveres de los ajusticiados. En el rostro de los demas Padres y del catequista, marcaron dos letras chinas, que espresaban el género de suplicio á que habian sido condenados, y finalmente, en 28 de octubre de 1747, estos dignos compañeros del ilustre obispo de Mauricastro alcanzaron tambien la palma del martirio.

En el estado de incertidumbre en que se hallaba la cristiandad de la China habia el pequeño consuelo de que los misioneros aun eran tolerados en el imperio, donde su presencia no podia menos de ser infinitamente útil. Para no ser conocidos se veian en la precision de vestir el traje del pais. Mas aun cuando hubiesen tenido el talento de imitar el ademán, el aspecto y las maneras particulares y características de los chinos, hubieran sido siempre conocidos. A fin de remediar en lo posible este inconveniente, los misioneros elevaban al sacerdocio á cuantos naturales del pais podian. Para este objeto los educaban desde la edad mas tierna, enseñándoles el latin é instruyéndoles poco á poco en las funciones del ministerio. Al llegar á cierta edad pasaban al órden de catequistas, y en él permanecian hasta llegar á los cuarenta años, en cuya edad se les conferia el sacerdocio. La casa de las misiones extranjeras de Paris sostenia un seminario en la capital del reino de Siam, que es á donde se enviaban particularmente los niños chinos á adquirir la instruccion necesaria. Ordinariamente se conseguia por este medio muy buenos resultados; pues los sacerdotes indigenas podian mas fácilmente ocultar la dignidad de su ministerio y hallar mas oportunidad de emplearlo que los

Europeos. Pero las persecuciones casi continuas se oponian mucho á los progresos de la predicacion. A pesar de esto, por furiosos que se mostrasen los mandarines contra el cristianismo, no impedian que algunos particulares y acaso familias enteras se presentasen á pedir el bautismo; mas en el momento que podian prender algun obispo, le cortaban la cabeza, considerándole como gefe de rebelion. Asi fué como el de Mauricastro habia coronado poco antes sus treinta años de mision.

El chino Cing-eul-Yven, que por un milagro de la gracia se convirtió súbitamente á la fé al recoger la sangre de este santo prelado, recibió el bautismo con toda su familia. Habiendo sido encerrado de allí á algun tiempo en un calabozo un misionero indigena, pasó á la puerta de su prision y dijo á los centinelas, que querian hacerle retirar de allí: «¿Por qué quereis impedirme que vea al Padre? Os declaro que soy cristiano y me hallo agraciado á los servicios sin número que he recibido de los misioneros; desearia poderles manifestar mi gratitud aliviando á los que se hallan en la miseria, y este es el objeto que me trae á este sitio.» Este rasgo de sencillez y franqueza conmovió de tal manera á los soldados, que le introdujeron en el calabozo del confesor, y así pudo darle la ropa blanca y vestidos que sabia necesitaba el sacerdote.

Las virtudes y celo de este sacerdote chino le adquirieron el respeto de toda la cristiandad. Cierta dia pasó á una pequeña isla á confesar; y apenas el mandarin lo supo, mandó rodear de esbirros la casa donde el ministro se hallaba, amenazando entregarla á las llamas. Los cristianos abrieron la puerta de la casa para saber lo que pasaba, y en el acto vieron caer sobre ellos un sinnúmero de soldados que se apoderaron de todas las personas de la casa y saquearon la capilla del misionero; mas como este era, como ya se ha dicho, de la nacion, no pudieron conocerle; por lo cual preguntaron por él á los cristia-

nos, y negándose estos abiertamente á decirlo, dieron lugar á que el generoso ministro por evitar el mal que podria sobrevenirles, se delatase á sí mismo. Por consiguiente le maniataron como á un facineroso y le condujeron á una prision. Habiendo comparecido ante el mandarin, este le preguntó si era gefe de la Religion cristiana, qué número de personas habia seducido, cuántos cristianos habia en la isla y cómo se llamaban, de qué servian aquellos ornamentos y libros europeos que traia consigo, y finalmente, si una botella de aceite, que encontraron entre sus efectos, seria para la mágia (así llamaba á las funciones del santo ministerio). A todas estas preguntas contestó el misionero con tanto aplomo como discrecion. «Yo no soy, le dijo, gefe de la Religion cristiana; pues no tengo ni mérito ni virtud suficiente para ocupar tan alto puesto; pero profeso esa santa Religion y la enseño. Jamás he seducido á nadie. Sé el nombre de varios de los cristianos de esta isla, y sé tambien su número; pero no os diré ni lo uno ni lo otro, porque eso seria vender á mis hermanos. Estos ornamentos y estos libros que veis sirven en los sacrificios que se ofrecen al único verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, á quien todo el universo debe adorar. Por lo tocante á este aceite, añadió señalándole la botella, no sirve para la mágia, pues la mágia es una de las cosas que los cristianos miramos con horror.» El mandarin hizo poner por escrito este interrogatorio, y despues mandó volver á llevar á la prision al supuesto reo. Al dia siguiente le envió al mandarin superior, y este condenó al sacerdote á ciento cuarenta bofetones, y ochenta palos. Habiéndose empleado inútilmente estos dos castigos, recurrieron al tormento, que le fué aplicado con tal violencia que le hizo caer en un desmayo; mas no tardó en recobrar el sentido mediante una bebida que le hicieron tomar repetidas veces. La tortura duró mas de tres horas. El mandarin, resentido de la

constancia del denodado confesor, mandó volverlo á la prision, resuelto á llevar las cosas hasta el último punto: volvióse á repetir la dolorosa escena al dia siguiente, pero la incontrastable paciencia del mártir no se rindió al tormento que duró desde la mañana hasta la caída del sol. Viendo el tirano que los tormentos no causaban, al parecer, mella en aquel ánimo heróico, le propuso que eligiera una de las tres cosas, ó bien declarar el nombre de los cristianos de la isla, ó bien abrazar el estado de bonzo, ó bien resignarse á morir. «Jamás conseguireis, le respondió el misionero, que yo delate á mis hermanos; no puedo ser bonzo porque el honor y la probidad me lo impiden. La muerte no me inspira el menor temor; de consiguiente, este es el único partido que me es posible abrazar, reputándome muy dichoso en poder derramar mi sangre por la sagrada causa de Dios, que defiendo.» Lleno de furor el mandarin, al ver la firmeza del cristiano, pronunció la sentencia de muerte, y el preso fué nuevamente llevado al calabozo. Condujéronle á Pekin para que su sentencia fuese aprobada y llevada á ejecucion; pero el emperador tuvo por conveniente conmutar la pena, y lo condenó á destierro, confinándole al rincón de una provincia donde habia una cristiandad numerosa. El Señor que le habia conservado su vida entre el rigor de los tormentos, se la prolongó para el bien y edificacion de su nuevo rebaño.

No era en China solamente donde ardia el fuego de la persecucion.

Tambien en Cochinchina ocurrían en 1750 los tristes sucesos dignos de ser referidos. Repentinamente se suscitó en este pais una persecucion contra la fé cristiana, y asoló en poco tiempo la pingüe cosecha que daba aquel campo del padre de familia. Varias causas contribuyeron á tan lamentable suceso; pero la principal era el ejemplo que acababa de dar la China. Sin embargo, el rey de aquel pais, al

tener la primera noticia de lo que sucedía en el imperio, había dicho: «el emperador de la China hace lo que le parece bien, y yo gobierno según creo conveniente.» Mas no resistió por mucho tiempo á las sugerencias de su favorito Kai-an-tin, hombre de fortuna, que allá en sus primeros años había sido criado y discípulo de los bonzos. El bonzo mas apasionado contra la fé apenas podía compararse con él, pues varias veces había propuesto al rey que mandase dar muerte á todos los cristianos que se negaran á pisotear las sagradas imágenes en señal de apostasía. Otro personaje trabajaba también en escitar odios contra los misioneros, sino como ministros de la Religión, á lo menos como europeos, y este era un cristiano cochinchino llamado Miguel Kuong. Este jóven, después de haber pasado varios años en Pondichery, Madrás y Macao, regresó á su patria. El rey le hizo muchas preguntas acerca de las costumbres, poder y ambición de los europeos, y Kuong, para adularle, se los pintó como unos hombres emprendedores, que en nada mas pensaban que en ir constantemente sujetando nuevas regiones. Esto contribuyó á que el rey se afirmase mas y mas en la idea de que los misioneros podrian tener quizás algunos designios de rebelion. De allí á poco, Miguel Kuong tuvo que servir de intérprete para un bajel francés, á cuyos intereses hizo traicion. Creyendo que su perfidia no había sido conocida, tuvo la temeraria confianza de ir á bordo del buque, á tiempo que estaba dispuesto para partir. El bajel se dió á la vela y se llevó consigo al traidor generalmente considerado como un azote de los europeos, y por lo tanto de la Religión. Sus parientes acudieron al rey reclamándole, y este no dejó perder una tan buena ocasion de soltar riendas á su encono. Mandó prender á tres misioneros franceses, como si estos fuesen responsables de aquel rapto, y costó no poco trabajo arreglar el asunto. Gastáronse mas de setecientos francos en hacer callar á los parientes de Mi-

guel Kuong, y en pagar otros gastos de la justicia. Por último, los misioneros volvieron á ser puestos en libertad, y pareció restablecerse la calma.

Entretanto llegó de Macao la correspondencia para los misioneros: no había orden alguna para ser interceptada; mas sin embargo, las cartas fueron llevadas al rey, que las mandó interpretar para saber si los misioneros tenían algun proyecto de rebelion, pero es de advertir que nadie sino ellos mismos podía interpretarlas. Fueron, pues, llamados uno á uno ante un juez comisionado, y á cada cual se le hizo repetir en particular el contenido de las cartas. No era de temer que apareciese en ellas el menor vestigio de rebelion. Todo lo que los misioneros de la China escribian, relativamente á la persecucion que se había suscitado en el imperio, versaba acerca de la ceguedad de los idólatras y de los castigos con que el cielo acababa de afligir á los principales autores de la persecucion. Nada podía venir mas á propósito. Los comisionados afirmaron que por su parte nada intentarían contra la Religión, y que por lo tocante á las cartas, darían al rey el informe mas favorable. Y en efecto, la prueba de que lo hicieron como lo habían prometido, es el haber mandado el rey se entregaran dichas cartas á los misioneros.

Sin embargo, el mismo día 24 de abril de 1760, se reunió un gran consejo, y se deliberó si convendría dejar á los misioneros en libertad de enseñar públicamente la Religión, ó si sería mejor desterrarlos del reino. Sus enemigos dijeron que no era razonable consentir que unos extranjeros enseñasen ni estableciesen su ley en Cochinchina; que no eran necesarios, ni útiles al reino: de manera que solo el temor de que pudiesen abrigar algun funesto designio era motivo suficiente para que se les espulsara; que los cristianos estaban demasiado adheridos á los misioneros; que respetaban la voluntad de estos mas que las órdenes de los mandarines; que á poco que

se dejase aumentar su número, se encontrarían mas fuertes que los demas del reino, y podrían darles la ley sin que fuera posible resistirles; que los misioneros se hallaban diseminados en todos los ángulos de las provincias y sabían hasta los menores detalles de cuanto ocurría, y por los misioneros se sabía luego en todo el mundo; y que no era glorioso para la nacion desprnderse de varias de sus costumbres las mas antiguas y sagradas, porque unos extranjeros les hubiesen enseñado otras contrarias. Estas razones no hubieran arrastrado en pos de sí todos los votos, pues no dejaba de haber en el Consejo algunos mandarines afectos á la Religión cristiana y en particular un tío del rey que era la persona mas autorizada que allí había; pero el tono débil y ambiguo con que se esplicó en esta ocasion, acabó de consumir la ruina de la buena causa. «Espulsad,» dijo, supuesto que así lo queréis, á los misioneros; pero vosotros sereis testigos de las calamidades que caerán sobre el reino.» Los mas apasionados, tomando entonces la palabra, votaron por la espulsion y los demas fueron haciendo lo mismo, temiendo hacerse sospechosos si se oponían al destierro de los misioneros.

Manifestó mucha alegría el rey al saber que el príncipe su tío había sido el primero en votar el destierro de los europeos, y nombró á su favorito para presidir á la ejecucion de la sentencia. Kai-an-tin, sabiendo que las cartas interpretadas no habían sido devueltas aun á los misioneros, pidió que se le concediera el derecho de examinarlas, diciendo que los jueces comisionados se habían por lo visto dejado engañar por los europeos, demasiado interesados en ocultar su verdadero sentido, y prometió obligar á estos á traducirlas con toda fidelidad. Por de pronto dispuso la prisión de todos los misioneros, que venían á ser unos veinte y nueve esparcidos en todo el reino. El 4.º de mayo prendieron á los nueve que había en la capital y sus inmediaciones.

No se cuenta en este número al P. Koffer, jesuita alemán, que en calidad de médico residía constantemente en la corte y que como tal fué esceptuado. Se empezó de nuevo á examinar las cartas. Los PP. que las traducían estaban incomunicados entre sí y con centinelas de vista que no les dejaban hablar ni ver á ninguna persona. Cada uno fué llamado á su vez, y tuvo que responder muchos dias seguidos á todas las dudas, argucias y sospechas. Los examinadores se salían á cada paso del contenido de las cartas. «¿Por qué razón,» preguntaban, tienen los príncipes de Europa establecimientos y fortificaciones en la India? «¿Qué quieren decir esas guerras que tienen entre sí? ¿Para qué hacen la guerra á los indios? ¿No sería posible que nos la hicieran también á nosotros, si creyesen poder apoderarse de Cochinchina?» En seguida querían saber qué habían hecho los misioneros de la China para ser espulsados, y si había también misioneros en Tong-King y en las demas partes del mundo. Y habiendo escrito uno de los Padres de Pekin, hablando con otro de Cochinchina: «También os llegará á vosotros el turno de la persecucion,» querían que se les explicara cómo aquel Padre había podido preverla ni anunciarla. «Eso indica,» decían ellos, que vosotros estáis fraguando algun plan que os hacia concebir temores de ser justamente castigados, si se os descubria.» Otras veces suponían y hasta aseguraban que un misionero había confesado un plan de rebelion. Procuraban sorprenderlos con toda clase de preguntas capciosas, intimidarlos con el aparato de los instrumentos de la tortura, aturdirlos con careajadas, gritos y toda clase de insultos, y abrumarlos de cansancio haciéndoles estar dia y noche en alguna postura incómoda, para lo cual los jueces se iban relevando sin dejar tomar al paciente ningun reposo, ni casi alimento hasta que ya no se hallaba en estado de responder. Mas todos estos ardidés fueron inútiles: el candor, la inocen-

cia, la verdad y la resignacion, triunfaron completamente: cuanto mas se esforzaban en encontrar crímenes, la virtud les daba en los ojos con más claridad. Pero esto no hacia más que irritar á Kai-an-tin, quien intentó hacer pasar á los misioneros por cómplices de una revolucion que acababa de estallar en la China. ¡Cosa estraña! Los que habian descubierto aquella conjuracion, eran los dos únicos cristianos que los sediciosos habian podido comprometer; pero gracias á las intrigas de Kai-an-tin, uno de los conspiradores chinos culpó á los cristianos, llegando al extremo de declarar que los misioneros eran los caudillos de la rebelion. Es verdad, que cuando este mismo conspirador se vió fuera del tormento, retractó todo lo que habia dicho, y que los demas conjurados afirmaron en sus declaraciones que ni los misioneros, ni los cristianos, habian tenido parte alguna en aquel suceso; pero á pesar de estas pruebas de inocencia, Kai-an-tin presentó al rey un informe, cuyo resultado fué no solo el destierro de todos los misioneros y la proscripcion de su Religion, sino tambien la destruccion de todos sus templos y el confiscamiento de todos sus bienes.

Al momento se enviaron partidas de soldados á los puntos donde habia algun templo que demoler, ó algun misionero que reducir á prision. El asalto fué general; las casas donde habian vivido los presos fueron allanadas, y remitidos á la autoridad los muebles, libros, efectos, ornamentos de iglesia y vasos sagrados que se hallaron en ellas. A los jornaleros que se dedicaron á demoler los templos, les asignaron por jornal todos los materiales que pudiesen sacar de ellos, y el populacho corrió á la presa que le entregaban. En el desorden se disputaban entre sí un madero, una columna; llegaban á vias de hecho, el uno caía de lo alto de un tejado, el otro se desplomaba con los escombros y la gritaría de los que disputaban y el clamor de los heridos producian la

mayor confusion. ¡Cuántos quedaron sepultados entre las ruinas! Pero á pesar de todo esto, el ansia de poder arrebatarse algun nuevo objeto, hizo que no levantaran mano hasta que diéron en tierra con todo. Los misioneros de las provincias, aunque ya estaban avisados de todo, no creyeron conveniente ocultarse ni huir: conocieron que no podrian permanecer largo tiempo ocultos, y por otra parte, temieron irritar mas al rey á quien creian menos determinado á espulsarlos de Cochinchina. Ellos eran bien conocidos de todo el mundo, y nadie ignoraba cuáles eran sus habitaciones y sus templos, porque hacia ya muchos años que la Religion se profesaba y predicaba públicamente. Asi es que sus perseguidores no tuvieron dificultad alguna en encontrarlos y prenderlos; y en el acto procedieron al saqueo de sus casas y á la demolicion de sus templos. Los soldados los arrastraron, haciéndoles llevar á cuestas el botín que habian cogido, y así los hicieron marchar hácia los puertos donde debian embarcarse. En cada poblacion salian los cristianos á ofrecerles socorros, y los esbirros tenian buen cuidado en preguntarles lo que habian recibido y en quejarse de que no se hubiesen hecho dar mas. Sufrian todas estas humillaciones los Padres sin proferir quejas, y entregaban cuanto la caridad de sus ovejas les habia dado, sin repugnancia de ningun género, ó mas bien dicho, con un aire risueño y liberal. Los esbirros, poco acostumbrados á tratar con presos tan condescendientes, estaban llenos de admiracion: mas no por eso ponian limites á su codicia, y nada menos querian que obligar á los tristes misioneros á pagar el carcelaje, las cuerdas y cadenas que agarrotaban sus miembros y hasta el transporte de los muebles confiscados. Por inverosímil que parezca, esta es la costumbre que hay en aquel pais, y de aquí resultaba que los sacerdotes de Jesucristo carecian hasta del preciso alimento, lo cual, unido á la fatiga del camino y á muchas otras penalidades, agotó enteramente todas sus fuer-

zas. La mayor parte cayeron enfermos, y de algunos se temia que no llegarían hasta el fin; pero no hubo mas que uno solo, el P. Miguel, que se rindiera al peso de tantas calamidades, pasando, al llegar cerca del puerto donde habian de embarcarse, á otro puerto mas seguro, donde sus sufrimientos por la fé y sus raras virtudes hallarian la eterna recompensa. Todos los demas se embarcaron durante la noche del 26 al 27 de agosto de 1750. Asi quedó destruida aquella hermosa mision, donde hacia ya mas de veinte años que la Religion se profesaba tan libremente, que se celebraban los Oficios divinos con la misma publicidad que en los Estados mas católicos.

El rey, seducido por los consejos de sus ministros y por su propia avaricia, se habia imaginado que los cristianos poseian tesoros inmensos. Deseando apoderarse de ellos, mandó á todos los mandarines que hiciesen comparecer ante su autoridad á toda la poblacion en sus respectivos distritos para hacerles pisar la sagrada imágen de la cruz. Habiéndose negado, como es natural, los misioneros á cometer semejante atentado, los despojaron á ellos y á los templos de cuanto tenían, y despues de dos meses de la mas estrecha prision, los remitieron á Macao. En seguida citaron á todos los habitantes asi cristianos como gentiles sin distincion alguna. Los idólatras no manifestaron la menor repugnancia en hollar la cruz; pero los cristianos unos rechazaron con horror tan escandalosa propuesta, y este fué afortunadamente el mayor número, y otros cedieron á la tentacion y apostataron. Los de la primera clase, esto es, los constantes, fueron condenados, siendo hombres, á cuidar de los elefantes, castigo que consiste en ir todos los dias, haga el tiempo que haga, á cojer yerba para estos animales; y siendo mugeres, á un determinado número de bastonazos en la espalda, hecho lo cual se las dejó en libertad.

Entre aquellos confesores figuraba cierto

ricacho del pais, que antes de su conversion pasaba por el mas avaro de todo el reino. Tratando con los cristianos, observó en estos tanto desinterés y generosidad, que entró en deseos de conocer la Religion que tales efectos producía. Conmoviéronle la pureza, la sabiduria y la sublimidad de nuestros santos preceptos, y las palabras de los misioneros, auxiliadas por la gracia, consiguieron su conversion, pero de manera que llegó á ser un verdadero modelo de virtud. Cuando el mandarin le puso en la alternativa de pisar la cruz ó perder todos sus bienes: «Tomadlos, dijo á sus jueces: no me acongoja la pérdida de cosa tan deleznable y caduca; yo aspiro á otros bienes que son eternos y que nadie me podrá disputar.» Efectivamente, sus bienes fueron confiscados en beneficio del rey, y él fué cargado de cadenas y condenado á cortar durante toda su vida el forrage para los elefantes.

Entre los apóstatas hubo un mandarin que pisó el Crucifijo apenas se lo mandaron. Admirándose el rey de aquella tan rápida obediencia, le dijo con ademán amenazador: «Sois un malvado y merecis doblemente mi cólera. Si os considero como cristiano, sois un infame que ultrajais bajamente al Dios que adorais, y no hallaria en mi poder castigos suficientes que daros, si así tratáseis á los dioses de mi reino. Si os considero como súbdito mio, habeis desobedecido mis órdenes, abrazando una Religion que he proscrito. Por cualquier parte que os mire, merecis mi indignacion. Id, pues, á sufrir la pena á que os condeno.» Vióse de allí á poco el cobarde mandarin abrumado de cadenas, y todos sus bienes fueron confiscados. Este rasgo dá á entender que aquel monarca no estaba tan persuadido como vulgarmente se creia, de la existencia de sus dioses; y que si la sed de oro no le hubiese dominado, quizás habria estado siempre floreciente la Religion de Jesucristo en aquellas regiones.